



## CARTA A DOÑA LUISA DE LA CERDA (Carta 38)

**Pena sí, pero...** “Pena me dio cuando supe la muerte de la buena doña Juana (de Toledo Pacheco, condesa de Orgaz). Dios la tenga consigo, que sí hará, que lo era mucho. Por cierto, que no sé cómo sentimos a los que van a segura tierra y saca Dios de las variedades y peligros de este mundo; es querernos a nosotros y no a los que van a gozar de mayor bien. A esas mis señoras me encomiendo mucho” (C 38,5).

**Difícil lección.** Jurisprudencia, teología y sentido común juntos. “Yo digo a vuestra señoría que la traigo bien presente, y que no era menester despertarme con su carta, que yo querría estar un poco dormida para no me ver tan imperfecta en sentir con pena las penas de vuestra señoría. Nuestro Señor la dé el contento y descanso eterno, que a los de esta vida días ha que los tiene vuestra señoría dado carta de pago, aunque no está muy pagada en su opinión de verse padecer; día vendrá que entienda vuestra señoría la ganancia y que por ninguna cosa quisiera haberla perdido” (C 38,6).

**Buenos deseos para terminar.** “Muy consolada estoy que esté ahí mi padre Duarte. Ya que yo no puedo servir a vuestra señoría, alégrame tenga tan buena ayuda para pasar sus trabajos. Está el mensajero esperando, y así no me puedo alargar más de que a esas mis señoras beso muchas veces las manos. Nuestro Señor tenga a vuestra señoría de las suyas y quite presto esas calenturas y la dé la fortaleza para contentar en todo a Su Majestad que yo le suplico, amén” (C 38,7-8).

Cuando escribe esta carta, Teresa de Jesús está en Ávila, como priora del convento de la Encarnación. Es un 7 de noviembre de 1571. Ya ha fundado ocho conventos, ha viajado por muchos caminos, ha conocido a muchas personas; Dios, que se le ha metido muy adentro, se asoma en todos sus poros.

La escribe a una mujer, Doña Luisa de la Cerda, con la que ha tenido una intensa relación a lo largo de los años de fundadora. Las dos se han hecho y se han pedido favores, aunque a veces la señora se ha hecho de rogar o ha mirado para otra parte. Doña Luisa es una dama amiga de por vida, que le sirve de espejo para asomarse al paisaje de grandezas y miserias del estamento noble. En su casa de Toledo conoció al franciscano Pedro de Alcántara, escribió el libro de la Vida; por medio de la ilustre señora negocia el envío del libro al maestro Ávila a Andalucía.

La vida de esta señora está marcada por la muerte. Ahora acaba de morir su hijo Juan, el hijo mayor de la destinataria. Teresa le ha escrito a ella tres cartas seguidas. Ahora ha llegado un mensajero con carta de la Señora, el mismo -parece- que espera a la puerta mientras Teresa escribe esta respuesta. Hace un mes que está de priora en la Encarnación con ciento treinta monjas. Las cartas de Teresa ofrecen informes precisos y concretos, y mucho más numerosos, que otros escritos. Es posible sorprender a Teresa en sus reacciones espontáneas frente a personas y acontecimientos, favorables o adversos. Todo, hasta lo más vulgar, adquiere un tono de transcendencia. Vamos a entrar.

**El saludo: un pórtico orante.** No es una fórmula. Es una oración de intercesión, una expresión de amistad y confianza hondas. “Jesús. La gracia del Espíritu Santo esté con vuestra señoría” (C 38,1).

**Hacerse toda a todos.** Es propio de la amistad. Teresa sabe decir “tú”, “tú” a Dios y “tú” a la amiga. “Tres veces he escrito a vuestra señoría” (C 38,1). No tiene miedo de acercarse a una mujer rota por el dolor. Cuando la necesidad lo requiere no hay límites a la cercanía ni al anuncio del Reino. Los trabajos de Teresa pasan a segundo término ante los de la amiga. “Acá me alcanza tanta parte de sus trabajos, que, para los muchos que yo aquí tengo, junto con esta pena, estoy ya sin cuidado de pedir más a nuestro Señor. Sea bendito por todo, que bien parece es vuestra señoría de los que han de gozar de su reino, pues le da a beber el cáliz con tantas enfermedades de vuestra señoría y de quien bien quiere” (C 38,1).

**Detalles de gratuidad.** Teresa sabe recoger perlas preciosas y compartirlas para consolar y educar en la verdad a una mujer con el corazón roto. Esto de compartir lo hará siempre, también cuando le envíen regalos exóticos de las Indias. “Una vez leí en un libro que el premio de los trabajos es el amor de Dios. Por tan precioso precio, ¿quién no los amará? Así suplico yo a vuestra señoría lo haga, y mire que se acaba todo presto, y váyase desasiendo de todas las cosas que no han de durar para siempre” (C 38,2).

**Mística y humana.** Hablando de cosas de las que hablamos todos, como la salud, Teresa refleja la experiencia de Dios en clave de bendición. Sabemos de Dios, cuando sabemos ser más humanos. “Ya yo sabía cómo vuestra señoría estaba mala, y así había hoy procurado por donde saber de su salud. Bendito sea el Señor, que tiene vuestra señoría mejoría. Véngaseme de ese

lugar (Paracuellos), por amor de Dios, pues se ve claro cuán contrario es a la salud de todos. La mía es buena -sea El bendito- para como suele; mas según los trabajos que tengo, imposible sería poderlo sufrir si no hubiese más mejoría en mi salud que suele. Las ocupaciones son tantas y tan forzosas, de fuera y de dentro de casa, que aun para escribir ésta tengo harto poco lugar” (C 38,3).

**El Señor es buen pagador.** Suele pasar: la consolada es quien consuela, los evangelizados evangelizan, los enseñados enseñan. Teresa le cuenta su trabajo de orfebre con las monjas, su estado del alma: paz en medio de la barahúnda. “Nuestro Señor pague a vuestra señoría la merced y consuelo que me dio con la suya, que yo le digo que he menester alguno. ¡Oh, señora!, quien se ha visto en el sosiego de nuestras casas y se ve ahora en esta barahúnda, no sé cómo se puede vivir, que de todas maneras hay en qué padecer. Con todo, gloria a Dios, hay paz, que no es poco, yendo quitándoles sus entretenimientos y libertad; que, aunque son tan buenas -que cierto hay mucha virtud en esta casa- mudar costumbre es muerte, como dicen. Llévano bien y tiénneme mucho respeto. Mas adonde hay ciento y treinta, ya entenderá vuestra señoría el cuidado que será menester para poner las cosas en razón” (C 38,4).

**¿Quién cuida de lo mío?** Teresa lo tiene claro: si ella cuida de las cosas del Señor, el Señor cuida de las suyas. En todo ve la mano del Señor. Hace lectura creyente de la vida. “La casualidad es el disfraz que utiliza Dios para conservar el anonimato” (Tom Wolfe). “Alguno (trabajo) me dan nuestros monasterios; aunque, como vine aquí forzada por la obediencia, espero en nuestro Señor que no consentirá les haga falta sino que tendrá cuidado de ellos. Parece que no está inquieta mi alma con toda esta babilonia, que lo tengo por merced del Señor. El natural se cansa; mas todo es poco para lo que he ofendido al Señor” (C 38,4).